

¿Qué sucedió en el octubre chileno? Acerca de ocho libros sobre un estallido social

K. Araujo (coordinadora)

Hilos tensados. Para leer el octubre chileno

USACH-Idea, Santiago 2019

G. De la Fuente, D. Mlynarz (coordinadoras)

El pueblo en movimiento. Del malestar al estallido

Catalonia, Santiago 2020

H. Herrera

Octubre en Chile. Acontecimiento y comprensión política: hacia un republicanismo, Katankura, Santiago 2020

A. Mayol, *Big Bang. Estallido social 2019*, Catalonia, Santiago 2019

T. Moulian, *Chile, anatomía de un mito*, LOM Ediciones, Santiago 1998

C. Peña

Pensar el malestar. La crisis de octubre y la cuestión constitucional
Santiago, Taurus, Santiago 2020

C. Ruíz

Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo,
Taurus, Santiago 2020

E. Tironi

El desborde. Vislumbres y aprendizajes del 18-O
Planeta, Santiago 2020

Parole chiave

Chile, movimientos sociales, democracia

El 18 de octubre del 2019 se produjo en Chile un movimiento que la prensa y la opinión pública terminaron denominando estallido social. El detonante fue un aumento del precio del transporte colectivo de 30 pesos (4 centavos de euro), que dio lugar a evasiones (el no pago de los pasajes del transporte) por parte de jóvenes estudiantes secundarios. Los hechos empezaron desde los primeros días del mes de octubre y se volvieron un tornado social el 18 de octubre. Desde esa fecha hasta fines del 2019 se sucedieron con gran velocidad e intensidad varios eventos: enormes movilizaciones en las calles (el 25 de octubre se produjo la más grande marcha de la historia del país, que contó hasta con 1.200.000 personas en una ciudad de 8 millones), encuentros ciudadanos en cabildos abiertos, proyectos de reforma social, numerosos actos de pillaje y violencia, denuncias de violación de los derechos humanos, un acuerdo parlamentario para redactar una nueva Constitución. Una frase construyó el relato del evento: “no son 30 pesos, son 30 años” (desde el regreso a la democracia tras la dictadura de Pinochet en 1990).

Durante todo el 2020, aunque la movilización social menguó a causa de la crisis sanitaria de la pandemia del covid-19 desde el mes de marzo, la vida política estuvo marcada por la sombra del estallido de octubre del 2019 – algo que se materializó en la votación (más del 78%) que recibió la aprobación, un año después, en el plebiscito del 25 de octubre del 2020, de la opción de elegir una Convención constituyente encargada de redactar una nueva constitución.

Los eventos que se produjeron en Chile tuvieron tanto o más impacto internacional cuanto que, desde 1973, el país ha sido el primer laboratorio mundial de lo que terminó denominándose el neoliberalismo. Desde esa fecha, el “modelo” como se lo denomina en Chile, marca

los grandes rumbos de la sociedad a pesar de los distintos correctivos sociales introducidos desde 1990 con el retorno a la democracia. Desde esa fecha, y durante treinta años, el país se convirtió en el buen alumno del FMI y del Banco Mundial, redujo de manera muy significativa la pobreza y sobre todo la pobreza extrema, se convirtió en el país de América Latina con el más alto PIB por habitante, tuvo y mantuvo importantes curvas de crecimiento económico. Sin embargo, todo esto se dio en medio de desigualdades y un costo humano muy alto.

Los eventos de octubre del 2019 han dado lugar a una ingente literatura interpretativa tanto académica como periodística o política. No fue ni una novedad ni una especificidad chilena. Desde mayo de 1968, las grandes movilizaciones colectivas generan, en muy cortos lapsos de tiempo, verdaderas arenas de pugna interpretativa. El carácter intempestivo de los eventos al desviar del curso habitual de la vida colectiva confronta a las sociedades con el espinoso problema de su propia interpretación. Las acciones colectivas propiamente dichas se acompañan así de un conjunto altamente controversial de comentarios.

Con el fin de permanecer en los límites de esta recensión crítica, y teniendo en cuenta que se dirige a un público europeo no especializado sobre América Latina, la presentación se limitará a contrastar *algunas* de las interpretaciones que se dieron sobre el octubre chileno. De las decenas de libros que se han publicado en los últimos meses destacaremos siete publicaciones.

[1] La primera familia de interpretaciones tiene la fuerza y los límites propios a las teorías clásicas de la modernización. En el contexto chileno, se trata de interpretaciones particularmente importantes porque desde fines de la década de 1990, el país fue objeto de un conjunto variado y controversial de estudios sobre los malestares de la modernización. Las frustraciones que aquejan a la sociedad chilena, ¿son la expresión habitual e inevitable de una sociedad en transición o son, por el contrario, la manifestación de un país muy desigualitario, agobiado por el endeudamiento y muy alejado del mito del neoliberalismo triunfante?

Es en el marco de este debate recurrente en las ciencias sociales chilenas como debe leerse la interpretación propuesta por Carlos Peña (2020). El análisis se centra en lo que presenta como una paradoja: el país con el mayor éxito económico de América Latina se vio envuelto en un asombroso estallido social. ¿Por qué? Para explicarlo, Peña retoma y actualiza la teoría de la modernización. Los cambios económicos habrían suscitado un muy importante aumento de las expectativas sociales (a nivel del consumo, la educación, la movilidad social), demandas que la sociedad se habría revelado incapaz de satisfacer. Esta nueva versión de la teoría de la frustración relativa entraña dos grandes consecuencias. Puesto que el problema no reside en el modelo neoliberal propiamente dicho (cuyos logros económicos son por el contrario subrayados por el autor), es necesario, por un lado, leer el malestar como la consecuencia ineluctable de una sociedad en transición y, por el otro lado, rechazar todo intento de dar una respuesta de índole populista a este malestar de tipo estructural.

Aunque matice y se distancia de la unilateralidad de las teorías de la modernización a la hora de analizar las respuestas institucionales posibles al malestar, esta es también la línea de interpretación privilegiada por Eugenio Tironi (2020). El punto de partida subraya el enigma del evento: por qué lo habitual se volvió intolerable. Para analizar esta transición el autor encadena los efectos del modelo neoliberal con lo que denomina los dispositivos – prácticas de gobernanza altamente mecanizadas en sus tomas de decisión, y el advenimiento de una nueva generación de jóvenes nacidos y crecidos en medio del capitalismo y la democracia. Esta yuxtaposición de fenómenos habría alimentado una incertidumbre que se plasmó en los eventos de octubre. Si el autor también destaca la importancia de la crisis de las experiencias del mérito en el advenimiento del octubre chileno, las analiza menos como frustraciones subjetivas que como factores de una crisis de legitimidad del mercado y de la competencia (en su capacidad en justificar las desigualdades). Las expectativas generalizadas de igualdad que se expresaron en octubre del 2019 requerirían de nuevos conocimientos colectivos para paliar la incertidumbre suscitada por el desborde.

[2] La segunda gran familia de interpretaciones es casi opuesta a la anterior. Aquí el estallido social no fue el resultado de una frustración en tanto que prueba del éxito del modelo neoliberal, sino que, al contrario, el estallido fue la manifestación pública de un conjunto de contradicciones, engaños y desigualdades que su implementación suscitó en Chile.

Como gran marco interpretativo de la sociedad chilena esta tesis fue coetánea de la anterior. A fines de la década de 1990, Tomás Moulian (1998) produjo uno de los grandes bestsellers de las ciencias sociales chilenas y uno de sus más influyentes y durables análisis. Para el autor, el modelo neoliberal reposaba sobre un conjunto de mitos ideológicos que solo lograban esconder o maquillar la realidad de las injusticias sociales sobre las que reposaba.

Aunque ya había formulado dentro de esta línea una primera interpretación en el 2011 (en torno a los masivos movimientos de protesta estudiantil que se produjeron en ese año), Alberto Mayol [2019] propuso una (nueva) nueva versión de la crisis terminal del modelo neoliberal. La interpretación es asumida por el autor como voluntariamente predictiva. El estallido no habría sido sino la culminación de un ciclo de crisis que iría desde el 2011 hasta el 2019. Si las causas invocadas para dar cuenta del malestar son más estructurales (e insolubles en el solo marco del neoliberalismo), en esta interpretación, incluso en filigrana, también es cuestión de las promesas incumplidas por el modelo y sus frustraciones (sobre todo sus efectos a nivel de las desigualdades y los abusos). Sin embargo, el acento se pone en el economicismo del neoliberalismo, en el elogio del individuo, y en la desinserción estructural entre la economía y la sociedad. Las razones de la cólera se multiplicaron desde el “no al lucro” hasta un conjunto de escándalos propiamente morales (en la Iglesia Católica, la corrupción política o en los Carabineros). El tema de la impunidad y el “quién va a pagar” se expandió entre la ciudadanía mostrando la crisis de los modelos culturales y normativos en la sociedad, tanto del orden hacendario como de la cultural del Self-emprendedor. El corazón del estallido se hallaría así en un modelo incapaz de dar y recibir de manera equivalente,

que estimula una competencia individual que no logra legitimar las desigualdades.

Infinitamente menos predictivo (y apocalíptico) que la interpretación anterior, aunque compartiendo una mirada crítica similar, destaca el trabajo coordinado por Gloria de la Fuente y Danae Mlynarz (2020). Este volumen coincide en señalar en sintonía con el trabajo anterior (sobre todo en la larga entrevista-interpretación propuesta por Manuel Antonio Garretón) el papel decisivo de las marchas estudiantiles del 2011. Esta sería la fecha del verdadero “despertar” del país luego de varios lustros de dictadura y dos décadas de democracia. También en estos trabajos el malestar subjetivo y colectivo aparece como el principal analizador del evento, pero los diversos autores de este libro privilegian como principal fuente del malestar a las desigualdades sociales. Sin desconocer otros procesos (como la corrupción, la crisis de las instituciones, la inseguridad y la violencia), los varios análisis reunidos insisten en las diversas manifestaciones e impactos de la desigualdad multidimensional (brechas de género y territoriales, desigualdades de ingresos y oportunidades) y la dificultad del sistema político en tratar estas demandas. Una de las grandes consecuencias estructurales producidas por el modelo neoliberal (particularmente azuzadas en la sociedad chilena tanto en términos de concentración del ingreso en el 1% más rico como en la fuerte distancia que existe entre los deciles más ricos de la población y la mediana de ingresos) sería la principal causa del estallido social.

Las dos grandes familias de interpretación que venimos de presentar, y los cuatro trabajos con los que las hemos ilustrado, se presentan como mutuamente excluyentes entre sí. Sin embargo, presentan un gran factor común: ambas le otorgan una función señera al malestar. Ciertamente, en el primer caso, el malestar es una consecuencia del éxito del modelo (o de las presiones que la nueva cultura del mérito suscita en el país); en el segundo, el malestar es una manifestación de una crisis de legitimidad que testimonia de los divorcios entre la economía, la sociedad y la cultura. Pero algo hay de común en ambas y la razón última del parentesco se encuentra en que una y otra interpretación se estructura en torno a una interrogación de tipo etiológica (las causas).

[3] La tercera familia de interpretaciones, aunque no se desinterese de la cuestión de las causas, se centró en la naturaleza del nuevo pueblo (o sujeto social) que emergió en octubre del 2019. Tan presente en el debate público como las dos familias anteriores de análisis, esta interpretación se declinó desde sensibilidades bien distintas.

En primer lugar, el filósofo Hugo Herrera (2020) señaló el divorcio que los eventos hicieron visibles entre los anhelos populares y el sistema político. Aunque el autor privilegie en su análisis una dimensión propiamente hermenéutica (“filosófica-social”) e insista en aspectos propiamente existenciales, leída desde la sociología la interpretación es bastante clásica en sus grandes líneas: la incapacidad de las instituciones políticas a la hora de entender y traducir las demandas populares. El razonamiento es bastante habitual y bien conocido en las ciencias sociales. Si alguna novedad existe, esta se encuentra en el origen de este desencuentro. A diferencia de las teorías clásicas de la modernización (desajuste entre los cambios sociales y el sistema político; o los efectos inducidas por las desigualdades), Herrera pone el acento en la naturaleza del pueblo como “acontecimiento”, en su irrupción, su furia y el caos que conlleva. O sea, es en el pueblo mismo, en sus pulsiones y anhelos autónomos en donde residiría la fuente última de la crisis. El pueblo, irreductible a la razón y a la deliberación, es presentado como una fuerza telúrica que exige a la vez nuevos mecanismos de mediación institucional y nuevas modalidades de comprensión política de su realidad como acontecimiento. Una visión revisitada del principio republicano, aunque poco explicitada en el libro, sería, para Herrera, el mejor camino de articulación.

Otra versión de esta tesis fue defendida por Carlos Ruíz (2020). La interpretación parte de un conjunto de transformaciones que se han producido en la sociedad chilena desde hace unos lustros e intenta desde ella esbozar los contornos de un nuevo pueblo que se erige en torno a un conjunto de reclamos de dignidad. Chile habría ingresado en un nuevo ciclo histórico de protesta marcado por la irrupción de un sujeto social irreductible en su interpretación tanto a esquemas ortodoxos de las clases sociales como a las sirenas individualistas, consumistas

y privatizadoras de las condiciones de vida del neoliberalismo. La sociedad chilena es tanto el teatro de una nueva estructura de clases como de la emergencia de nuevas identidades sociales todavía sin relatos consensuales. En su interpretación de lo popular, Ruiz subraya los cambios advenidos en el nuevo pueblo, sobre todo la innegable nueva valorización de lo individual en la sociedad chilena más allá de sus únicas traducciones neoliberales, bien reflejado en un amplio petitorio de derechos sociales universales y libertades.

[4] Una cuarta familia de interpretación se encuentra en el libro coordinado por Kathya Araujo (2019) que asociando el trabajo de 21 investigadores propuso una interpretación bifronte del evento. Lo común a varios de los estudios incluidos: las tensiones entre los procesos estructurales de individuación y diversos ensayos políticos de subjetivación.

Por un lado, en su primera parte, el libro presenta los estados de la situación social antes del 18 de octubre (a nivel del trabajo, las escuelas, el endeudamiento, las relaciones con las instituciones) restituyendo la complejidad de los problemas, tensiones y anhelos que atravesaban a la sociedad chilena. El resultado, a diferencia de las interpretaciones anteriores, ampliamente unilaterales, fue dar cuenta con infinitamente mayor complejidad de los debates y las situaciones. Por el otro lado, en su segunda parte, el libro presentó un conjunto de observaciones, de fuerte tonalidad etnográfica, sobre los eventos mismos y sus participantes (invasiones de terrenos, experiencia de los manifestantes, situaciones de violencia, lugares y sentidos de las concentraciones, performances feministas). Estas sondas etnográficas, por la precisión y riqueza con la cual permiten vislumbrar la diversidad de orientaciones presentes entre los manifestantes, cuestionan la idea de la emergencia de *un* pueblo detrás de los eventos de octubre;

En esto reside uno de los principales méritos de este estudio y su originalidad dentro del concierto de análisis producidos en torno al estallido de octubre. El acento se puso en la articulación entre las estructuras sociales y las experiencias individuales, pero para dar cuenta

de ella las interpretaciones no se centran en las causas, la predicción o los sujetos colectivos sino en el carácter problemático de esta relación. Esto es lo que restituye las dos grandes partes del libro. El conjunto de sociografías acerca del estallido, y su diversidad fenomenológica, es irreductible a lo mostrado en la primera parte. Por supuesto, varios vínculos existen, pero el principal interés sociológico de este libro reside justamente en la relación *problematizada* que plantea entre las estructuras y las agencias. Una manera de rescatar lo propio de los acontecimientos dentro de la vida social.

¿Qué lecciones extraer de esta breve presentación de ciertas interpretaciones del octubre chileno? Más allá de las especificidades propias a los paradigmas de análisis presentados (modernización, crisis, sujeto colectivo, estructura y agencia), tres grandes reflexiones pueden formularse, cada una de ellas con ecos en otras experiencias a nivel planetario.

En primer lugar, más que nunca, las sociedades contemporáneas están sometidas a cíclicos movimientos de protesta percibidos como intempestivos y desconcertantes. Una y otra vez, desde hace ya más de 20 años, lo que aparece asociado con ellos es este *desconcierto*: Seattle, la Primavera Árabe, Indignados, Occupy Wall Street, los Chalecos Amarillos, las movilizaciones en Hong Kong, Líbano, Bielorrusia, Black Lives Matters – la lista puede alargarse a voluntad. Primera constatación: detrás de este recurrente y sólido sentimiento de estupor se encuentra un ciclo altamente dispar de movimientos sociales que sigue sin tener un relato hegemónico.

En segundo lugar, más allá de las pugnas interpretativas que se abren en torno a las movilizaciones contemporáneas, el caso chileno muestra el vigor, como en tantos otros países, del paradigma etiológico en los análisis de las crisis. Las causas siguen concentrando una parte sustancial de la preocupación de los analistas y dentro de ellas, tarde o temprano, de una u otra manera, se termina conducido a constatar el vigor de la vieja tesis funcionalista de las frustraciones relativas. Ciertamente, los términos varían – en Chile su gran sinónimo polisémico fue el malestar – pero el razonamiento no es por ello menos reiterativo.

En tercer lugar, siempre a nivel de las interpretaciones, tal vez lo que más asombra es finalmente el escaso impacto que estos eventos “intempestivos” tienen sobre la teoría social. Varios analistas se limitan a validar sus propias interpretaciones anteriores, resistiendo así a la posible novedad del evento. La crisis o el pasado priman por sobre los horizontes del futuro o las brechas. Esto es tal vez, desde un punto de vista histórico, lo más significativo de todos estos trabajos más allá de sus diferencias. En sus dificultades respectivas para entrever el *posible* porvenir que las luchas y estallidos sociales anuncian se transparenta el mal de una época desprovista de utopías.